

desenvolviendo su genio, y ostentando su patriotismo, hicieron sentir instantáneamente el mas triste y amargo de sengaño.

Intentó Julio César en el año 706 de Roma, atravesar el Adige para posesionarse de Brundusa, obligándole la preponderancia de su genio á confiar en su fortuna; y como en el uno y en la otra se amparaban sin recelo las legiones que á él habian unido su suerte, ¿de qué no fué capaz el vencedor de Ariovisto y domador de los bretones? La comunión secreta que habia del uno con las otras, lo hicieron invencible en todos sus eventos, debelando por último en Farsalia las numerosas huestes de Pompeyo. ¿Qué podia esperar el general Barradas, cuando en la lucha se le afrontaba, quien se asemejó en fortuna con el que formó un imperio?

Si no tuviéramos que disculpar al invasor con la forzosa obediencia á las órdenes de su soberano, sería preciso concluir, que su fácil credulidad lo habia traído á su infeliz destino. De otra manera, ¿cómo pudiera ser que las exageraciones del encono, hubieran producido error tan grave en un hombre en quien eran de suponerse los conocimientos precisos que deben reunir los de su clase para emprender hechos de armas con probabilidad de buen éxito? ¿Era tan absolutamente recóndita para él y para su soberano, la prominentemente semejanza que existe entre 1829 y 1521? ¿Ni el uno ni el otro tenían noticia de los acontecimientos que en la larga lucha de independencia sostuviera México contra sus dominadores? Córdoba, Atzacotzaleo, la Huerta y otros ocurridos en 1821, ¿no eran bastantes para convencerlos del valor de que en tales lances diera pruebas la raza mixta del imperio de Moctezuma? Y siendo esto así, ¿de qué no sería capaz cuando el general Santa-Anna la condujera al combate?

Que será sin duda grande el destino de un pueblo que como el nuestro haya dado á conocer el estímulo de sus sentimientos, y el adelanto de su inteligencia, se puede aseverar sin temor de que se contradiga. En su precocidad social, bien puede la insidia arrebatarlo á las aberraciones con el intento de apartarlo del camino de la gloria, y puede hacerlo sufrir todas las incidencias que siniestramente le prepare, á fin de apoderarse de sus destinos ó de arrebatarle sus posesiones.

La historia acumula en sus páginas multitud de peripecias que contribuyen á formar el juicio que está enunciado; mas como los acontecimientos con que hubiera de luchar nuestra sociedad en la guerra de Independencia, le dieron la

conciencia de su poder, ¿porqué no predecir, que sus futuros destinos serán precisamente de prosperidad y de grandeza, aun cuando los contratiempos políticos hagan nacer sinistras inspiraciones para cambiar repetidamente las bases administrativas, y concluir así con la nacionalidad? Lo primero podrá ser, pero lo segundo sabrá conservarse por el esfuerzo unánime de sus hijos, afrontando denodados los embates á que puedan llevarlos la suspicacia y animosidad de las gentes estrañas. Tal hizo en Tampico en 1829 por los esfuerzos del patriotismo, y los del caudillo que la guiara.

Si la Providencia que conservará sin duda el ser político que conquistaron nuestros brazos, hubiese determinado en sus inescrutables designios, que el acontecimiento glorioso de Cabo Rojo, se hubiera anticipado á las emergencias de 1827 y 828; las coincidencias de nuestra raza con aquella de quien procede, habrían adelantado en la reciprocidad que siempre debieron tener, supuesto el dogma y las costumbres que las asimilan.

Y si la que se consideró nuestra madre, hubiese deferido desde un principio á las exigencias de nuestra justicia, ¿no es evidente que nuestras relaciones, no alterando lo mútuo de su origen, habrían contribuido á perfeccionar el ser social que adquirimos en 1821, y que irrevocablemente afanzara en Tampico el civismo y espada del General Santa-Anna? No se concibe por qué habia de ser de manera contraria, cuando desvanecidas ya las preocupaciones de un no merecido predominio, así como las antipatías que por él se produjeran, se hace escuchar el acento de la fraternidad y las insinuaciones de la conveniencia recíproca. ¿Cuántas no habrían sido las ventajas de la península, y cuántas no habrían sido las nuestras, si ella se hubiera anticipado á reconocer explícitamente la emancipacion de los que llamó sus hijos?

Para no ocuparme de la grave importancia de estas consecuencias que pudieran desviarnos del objeto á que se consagra este discurso, solo diré: que si en 1829 se hubiera encontrado nuestro pais sin la infatigable actividad del caudillo que sus huestes condujera al combate, se habria retardado mas el éxito de nuestras armas, ó quien sabe si la invasion hubiera tomado otras dimensiones. Pero se ventilaba la Independencia del suelo que nacer le viera, y nada importaban á su deuedo las olas borrascosas del océano, ni los peligros que pudieran presentársele al surcarlo; y contando con su fortuna, como César, pasa desapereibido de la escuadra de Laborde, y llega felizmente al teatro donde le esperaba la gloria, y des-

nº 16.

de donde pudo escribir al Presidente de la República, como el mismo César al Senado romano las memorables palabras *veni, vidi, vici*.

Y llegó, vió y venció. Y no es esto para nosotros una paradoja, es un testimonio irrecusable, que siéndolo igualmente para el mundo, está obligado á reconocerlo, así como la historia á consignarlo.

¿Y será por ello que guiada alguna pluma de solo inspiraciones de impertinente elación, quiera ver ondear en las calles de México, la enseña que arbolaba Hernán Cortés el 13 de Agosto de 1521? No era el adelanto ni el progreso los que pedían tal humillación; eran el poder y el dominio *de derecho* quienes se ostentaban delante del envilecimiento y de la desgracia. ¿Se quiere sea para nosotros un procesionario, por medio del cual imploremos de la Divinidad, vuelva á nuestra cerviz el yugo roto en 1821, y pulverizado para siempre en 1829?

Cuando para la reconciliación han sido necesarios sucesos de sangre y de horfandad, ¿se quiere interponer entre los que hoy se reconocen hermanos, motivos de ignominia que vuelvan á romperla? ¿Cuándo, ó de qué manera celebra España el día 3 de Noviembre del año 711 de J. C? ¿No se halla si se quiere, mas adelantada que nosotros en ilustración y cultura? ¿Por qué entonces hace uso de ménos razón que nosotros? ¿Qué diría el mundo civilizado, cuyo asenso se invoca, si pretendiéramos que ella colocase entre los timbres de su gloria, los desgraciados encuentros que sus armas tuvieron con las nuestras en la lucha de Independencia? ¿De qué manera solemniza ella este día que á nosotros nos llena de regocijo y no por otro motivo, sino porque afianzada la representación social que adquirimos, fué causa de que así nos reconciliáramos con nuestros hermanos?

No siendo propio del buen sentido recrudescer agravios, sobre los cuales se protestó el olvido, no deberémos continuar ocupándonos de los extravíos á que desgraciadamente conducen las pasiones políticas. ¿Qué adelantamos los unos y los otros con romper la inteligencia á que hemos llegado? Reanudemos de buena fe el lazo de nuestras simpatías, y procurémos afrentarnos al peligro que á los unos y á los otros amenaza. ¿Se olvida por desgracia, que en la parte del continente recorrida por Smith en 1606, se levanta el moderno capitolio, cuya bandera quiere aducir á sus constelaciones la estrella de Cuba, y la que radiosa brilla sobre los altos palacios de Moctezuma? ¿Porqué, pues, cuando debémos mutuamente apoyarnos, se trata de dividirnos, no respetan-

do el amor relativo que estamos obligados á tenernos? *¿Por qué también se olvida que hay cosas que no deben ser hoy, atendida la inexistencia de la causa por que en otro tiempo fueron?*

Mas volvamos al triunfo del General Santa-Anna en las salobres playas de Tampico, y haciendo á la vez justa y digna remembranza del General D. Manuel Mier y Terán, así como de los impertérritos Acosta y Tamariz, que en el combate de la Barra sellaron con su sangre el patriotismo ardiente de su corazón; no olvidemos que las consecuencias políticas de un hecho tan brillante, fueron el reconocimiento de nuestra emancipación por la misma España, y por otras potencias del continente europeo, inscribiéndose definitivamente por la espada del vencedor el nombre glorioso de México, en el catálogo de los países representados por sí mismos.

Ya no fué desde entonces una duda el ser político que adquirimos: fué una verdad bastante demostrada, y por lo mismo demasiado reconocida. Los lances de nuestras armas en la lucha de Independencia, y la batalla de Tampico que para siempre la afianzara, expensaron al universo testimonios inequívocos del valor ilustre y prematura inteligencia de los mexicanos. ¿Qué evasiva pudiera quedar á las naciones para continuar denegando su aquiescencia á nuestros derechos asegurados en aquellas playas, por el valiente zempoalteca que llevó al combate las falanges de la patria? Y habiendo sido el quien le prestara servicio tan eminente, ¿podía mirar impasible el vilipendio á que quiso condenarla la administración infanda de 1848?

Cuando sobre el argentado cornizamiento de la Colegiata de Guadalupe, se ven flamear los pendones que arbolaron en Tampico las huestes invasoras, pregonando la nueva posesión de la tierra en nombre del monarca de Castilla, ¿quién no vuelve el pensamiento hácia el caudillo que arrebatándolos con su brazo, hizo de ellos ovación conspicua á la excelsa Madre del Dominador Supremo? ¿Quién no se exalta entonces considerándolo el instrumento que defraudó para siempre las esperanzas de los que por trescientos años dominaron este suelo? ¿Quién con tan glorioso simulacro no abre su corazón á la esperanza? ¿Y quién con el testimonio de su fe, no habrá de aseverar, *que no se subyuga fácilmente al pueblo que alcanzó independerse por sí solo?*

No siento, señores, mi espíritu dispuesto á dudar de las que considero incontestables tesis; y cuando detenidamente fijo mis ojos en las cláusulas de la capitulación que el General Santa-Anna acordara á las fuerzas expedicionarias, me parece encuentro en ellas una similitud con la acordada á

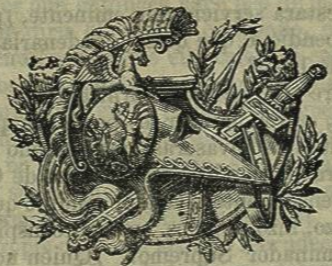
nº 16.

17

los Dacios por Trajano á los 98 años de la venida de J. C. al mundo; pueblos que salidos del Norte del Danubio, excursionaban en las tierras del imperio de Julio César. Ellas son imponentes y graves como dictadas por el guerrero que representaba á un pueblo grande; pero son al mismo tiempo francas y generosas, como la espresion genuina del carácter magnánimo de ese propio pueblo, y del caudillo que en aquel lance aseguraba para siempre con su espada, la Independencia que conquistó el génio allá en Iguala.

Prez y salud y honor al General Santa-Anna! Salud y honor á todos los que alcanzaron la inmarcescible gloria de contribuir á un suceso, por el que sin duda legaremos á nuestros hijos una Patria donde celebrarán entusiasmados las ínclitas hazañas de sus predecesores! Esta sola consideracion que es hoy el bálsamo de las ensangrentadas úlceras de nuestro seno, *vuelve á mi sentido la fe, así como á mi corazon el sentimiento ingente de esperanza.*—HE DICHO.

Manuel Martinez de Navarrete.

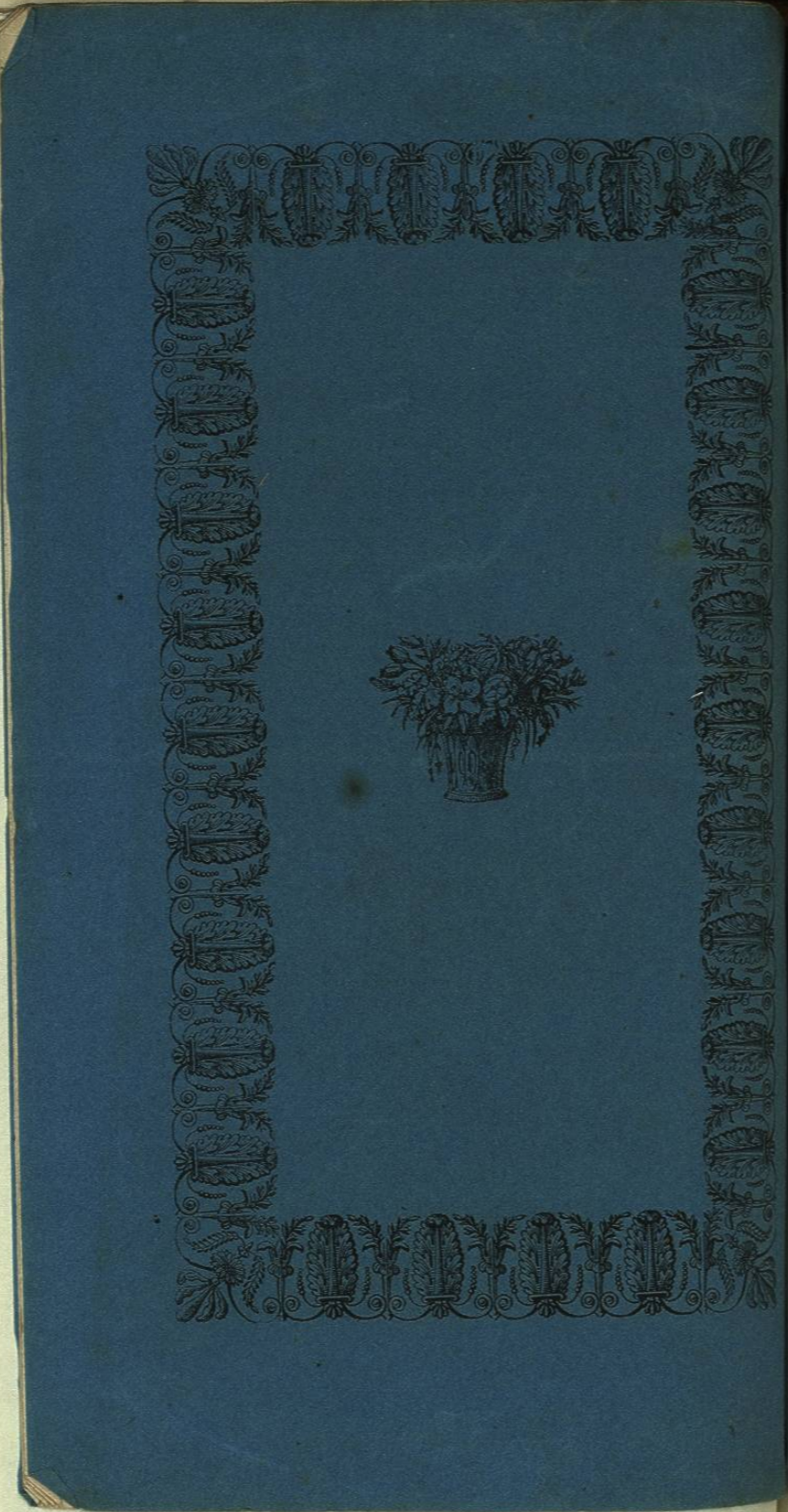


QUERÉTARO:—1853.

IMPRESA DEL C. FRANCISCO FRIAS,
calle de los Cinco Señores núm. 2.

nº 16.

12



17

n^o 16.

ALCANTARA